

Byron  
Fiona MacCarthy

## Introducción

Una de las atracciones de Europa en 1816 era la tambaleante marcha del autoexiliado lord Byron durante su viaje de Bruselas a Ginebra y a Italia en su monumental carruaje napoleónico negro. Ese coche especialmente diseñado, una lujosa versión del celebrado carruaje del propio emperador Napoleón capturado en Genappe, no solo incluía el diván de Byron, sino también su biblioteca de viaje, su baúl para platos y su equipamiento de comedor. Tirado por cuatro o seis caballos, era una auténtica pequeña residencia palaciega sobre ruedas. La factura del fabricante de coches Baxter ascendía a quinientas libras. El pobre Baxter todavía continuaba insistiendo en el cobro en 1823, una reclamación desestimada a la ligera por Byron con las palabras: «Baxter habrá de esperar al menos un año».[1] Presumiblemente la factura seguía pendiente cuando el inglés murió en Grecia en abril de 1824.

La larga sombra de Napoleón se cernía, inspiradora a la par que irritante, sobre la vida de Byron. Nacido en 1788, el año previo al estallido de la Revolución francesa, Byron era consciente de hallarse en un periodo sin precedentes. Según su propia descripción, «vivimos en tiempos gigantescos y exagerados, que hacen que todo cuanto existe bajo Gog y Magog parezca minúsculo».[2] La aparición de Napoleón, casi veinte años mayor que él, fue el acicate de la ambición del propio Byron, su disidencia, el glamour de su arrogancia, el sentido de historia arrebatadora que permea su obra. La extravagancia de Napoleón, su resistencia, su atuendo, su actitud, la asiduidad con la que atildaba su imagen alimentaban la vena creativa de mofa del propio Byron.

Como le reveló a su amiga lady Blessington, «no hay en mí, como decía Napoleón, más que un paso entre lo sublime y lo ridículo».[3]

Byron estaba ligado al francés por lazos tan fuertes al menos como los que lo unían a cualquiera de sus aventuras sexuales. Criticaba a Napoleón, observaba con agudeza lady Blessington, solo «como hace el amante con los defectos insignificantes de su querida».[4] Su implicación emocional ya era grande en Harrow en 1803, cuando el fiero colegial defendía su busto de Napoleón, para entonces el enemigo oficial de Inglaterra, contra los «bribones oportunistas»[5] de entre sus contemporáneos. Unos años después adquirió una excelente impresión del retrato grabado de Napoleón de Morghen, que mandó enmarcar en un dorado resplandeciente.

Su identificación personal con el emperador era tal que sus derrotas le provocaban una reacción física. Después de Leipzig en 1813, Byron estuvo postrado por la desesperación y la indigestión, gimiendo en su diario: «¡Oh, mi cabeza!, ¡cómo me duele!, ¡los horrores de la digestión! Me pregunto cómo le sentará la cena a Bonaparte».[6] Al año siguiente, tras la abdicación y el exilio a Elba, Byron escribió: «Hoy he ocupado una hora, he escrito una oda a Napoleón Bonaparte, la he copiado, he comido seis galletas, he bebido cuatro botellas de soda, he matado el resto del tiempo leyendo».[7] Esa oda era a la par un lamento y un reproche, puesto que Byron no podía aprobar la abyecta rendición del héroe, quien debería haber muerto debidamente con su propia espada cual romano derrotado, o expirado tan desafiantemente como el Macbeth o el Ricardo III de Shakespeare. Con todo, Napoleón todavía lo deslumbraba, a pesar de la angustia de su desilusión. Para Byron, Napoleón era una suerte de segunda naturaleza, parte de sus procesos mentales, incrustada de un modo peculiar en los detalles de su vida.

Tras la caída final de Napoleón, Byron acumularía recuerdos: un mechón de su pelo, tabaqueras con su retrato, monedas de oro con la representación del emperador que había sido. Estaba también el camafeo que Byron le había regalado a lady Blessington en Génova, que se quitó de su propio pecho con un ostentoso ademán, pero que reclamó al día siguiente con la dudosa excusa de que «los recuerdos *puntiagudos*»[8] traían mala suerte. Antes de marcharse de Inglaterra en 1816, en el momento del escándalo de la separación, Byron había reservado las vestiduras de la coronación de Napoleón, a la sazón en manos de un comerciante de Piccadilly, pero lo cierto es que jamás las reclamó. No obstante, redactó una afectuosa carta de despedida a Margaret Mercer Elphinstone, poco antes de zarpar, en papel de escritorio saqueado de la oficina imperial de Malmaison y timbrado con el águila napoleónica; incluyó unas hojas sobrantes como regalo de despedida. Al parecer, Byron estaba eufórico cuando, tras la muerte de su suegra, lady Noel, pudo firmar NB «porque —le explicó a Leigh Hunt, ciertamente un testigo malicioso— Bonaparte y yo somos las únicas personas con las mismas iniciales».[9]

Las andanzas de Byron por Italia, desde 1816 hasta 1823, estaban impregnadas de recuerdos de Napoleón. Reparó, cerca de Milán, en las ruinas de un arco triunfal inacabado, diseñado para el francés, «tan bellas que uno lamenta que no se terminase»,[10] y en Isola Bella descubrió el gran árbol de laurel en el que Napoleón había tallado con su navaja la palabra «Battaglia» poco antes de la batalla de Marengo. Byron, él mismo un diestro desfigurador de árboles, había escudriñado las letras, para entonces «medio desgastadas y parcialmente borradas».[11]

En el contexto de Italia, Napoleón se le antojaba a Byron más que nunca un Vesubio, una poderosa fuerza

eruptiva cuyo derrocamiento final había dado paso en toda Europa a los pelagatos políticos: «Desde ese periodo hemos sido los esclavos de los imbéciles».[12] No hay duda de que veía sus propias incursiones en la política europea, primero como partidario del Risorgimento italiano y luego en la guerra de Independencia griega, con algún trasfondo de ironía, en términos cuasinapoleónicos.

En 1823 describía su subvención personal de doscientas mil piastras, para un escuadrón de barcos griegos destinados a luchar contra los turcos, como «no muy grande, pero duplica aquella con la que Napoleón, el emperador de emperadores, comenzó su campaña en Italia».[13] Le encantaba y comprendía la parafernalia de los militares: los cascos, los uniformes, la gran teatralidad de saludos y desfiles. Hay un homenaje manifiesto a Napoleón en la cuidadosamente orquestada llegada de Byron a Mesolongi, tal como la describen los testigos de la época y se mitifica en el cuadro épico de Theodoros Vryzakis, en la actualidad exhibido en la Galería Nacional de Grecia, que muestra a Byron disfrazado de héroe militar y rey salvador de la nación. El napoleonismo de Byron, su activa implicación en los acontecimientos políticos de sus días y de su época, es la clave que lo distingue de un modo más drástico de sus poetas románticos ingleses coetáneos.

Mucho antes de la muerte de Byron, Napoleón y él eran enyugados juntos como objetos de mofa por los periódicos ingleses. Byron mencionó el fenómeno en 1821 en una carta a su editor John Murray: «Percibo que los “dos mayores...